

CONSEJO NACIONAL DE HIGIENE

Año V

Montevideo, Diciembre de 1910

N.º 50

Sobre vacunación obligatoria

Discurso pronunciado por el doctor F. Soca en la Cámara de Diputados, al discutirse el Proyecto de Ley referente.

SESIÓN DEL 13 DE OCTUBRE DE 1910

Doctor Soca.—En mi informe de 1891 he estudiado la cuestión de una manera completa, me parece. Desde ese informe han corrido veinte años, pero los hechos allí acumulados conservan todo su valor. Añadir nuevos, sería exponerse á repeticiones fastidiosas, sin ventajas para la doctrina.

La cuestión es doble: tiene el lado científico, es decir, si la vacuna es eficaz como profiláctica de la viruela; y tiene el lado legal, á saber, si la vacuna puede imponerse por ley de la Nación.

Del punto de vista legal no se ha dicho al respecto nada nuevo: todo cuanto el doctor Paullier ha manifestado está ya ampliamente refutado en el informe.

Sin embargo, algunos antivacunistas de nuestro medio han avanzado una objeción que tiene cierta novedad. Dicen, por ejemplo, que la vacunación obligatoria viola la libertad del pensamiento.

El argumento es tan frágil, tan deleznable que se necesitarán pocas palabras para reducirlo á la nada.

El pensamiento existe en tres formas: en el fuero interno, en la expresión hablada, en su exteriorización en actos. El pensamiento en el fuero interno es naturalmente libre hasta en las mazmorras

rusas. Entre él y las violencias del medio social está la conciencia—barrera insalvable.—El pensamiento, traducido en palabras, tiene, en los países más libres, limitaciones infranqueables. El pensamiento traducido en actos puede tropezar y tropieza á menudo con el pensamiento del Estado, es decir, con la ley: la ley, pues, limita necesariamente el pensamiento que quiere llegar al acto.

Pero en esta cuestión de la vacuna, indudablemente imponerla es atacar la libertad de los ciudadanos; pero hay mil leyes que la atacan de mil maneras.

¿Puede atacársela, pues, por medio de una ley de vacuna obligatoria? ¿Es legítimo dictar una ley de esta naturaleza? Esta es la cuestión que se plantea en este momento.

Y bien. Hay que preguntarse primero si la vacuna es eficaz, si la vacuna es inofensiva y si la vacuna es necesaria.—Si la vacuna es eficaz, es inofensiva y es necesaria, puede imponerse sin vacilaciones, como se imponen tantas otras leyes sanitarias, por la suprema razón de la salud pública.

De suerte que la cuestión legal se reduce así á la cuestión científica: resuelta la cuestión científica, la cuestión legal está resuelta inmediatamente; y es por eso que decía el otro día el doctor Manini, con justa razón, que lo único que quería era que la ciencia demostrara que la vacuna era eficaz: la cuestión legal estaba desde ese instante terminada.

Por ahora voy á limitar á estas palabras mi estudio de la cuestión legal.

El discurso del doctor Paullier me dará más tarde ocasión de volver sobre algunos otros puntos de detalle.

En cuanto á la cuestión científica, repito, está resuelta: las pruebas que apoyan la vacuna son tan formidables que no puede quedar la menor duda, en un espíritu no prevenido. Más todavía: ya no se discute, como no se discute el principio de Arquímedes ó la ley de la gravitación universal. Es un hecho de sentido común, un hecho definitivo, un hecho incorporado ya, y para siempre, al capital intelectual de la humanidad.

Es casi tan ridículo atacar la vacuna como defenderla, y esto es lo que decía poco más ó menos esa revista inglesa de que hablaba el señor diputado Salterain.

M. Lefort, que es enemigo de la vacunación obligatoria, va mucho más lejos, y dice: «para poner en tela de juicio la eficacia de la vacuna se necesita ser un necio, un extravagante ó un malvado».

Yo no voy tan lejos y no acepto esas palabras, en toda su integridad, por respeto á los colegas de esta Cámara que muy since-

ramente combaten la causa de la vacuna. De todas maneras me creo eximido por el momento...

Señor Paullier—¿Me permite una pequeña interrupción?

El otro día me preguntaba el señor doctor Soca si no me parecía que las palabras de Russell Wallace eran muy gruesas; y ahora yo le pregunto si las palabras de ese señor... doctor Lefort ha dicho, ¿no?

Señor Soca—Sí, señor.

Señor Paullier—...Si las palabras del doctor Lefort sean...

Señor Soca—Acabo de rechazarlas, señor, y basta.

Señor Paullier—Perfectamente, pero lo que le pregunto es si considera que eso sea un argumento.

Señor Soca—No, señor; yo considero que esa es una opinión de un hombre eminentísimo y nada más.

Señor Paullier—Pero no es un argumento, es un insulto.

Señor Soca—Yo no lo hago como argumento ni lo acepto como un insulto, puesto que yo mismo declaro que dejo al señor Lefort la responsabilidad de sus palabras; sobre todo, por respeto á los compañeros de esta Cámara, que lealmente sostienen la doctrina antivacunista. Pero de todos modos, no me creo—repito—obligado á traer aquí nuevas pruebas, á acumular nuevos datos, aunque tengo de ellas las manos llenas y podré hacerlo si me lo exigen.

Entretanto, creo que debo volverme contra ciertas objeciones que los antivacunistas nacionales han difundido con un celo y con una tenacidad verdaderamente extraordinarias.

Al discutir la cuestión de la vacuna, yo no separo mucho á los hombres de las doctrinas. Creo que para atreverse á la vacuna, un hecho tan sólidamente establecido, se necesita cierta talla, sin la cual el argumento parece una broma.

Por consiguiente, hay cierta unión entre el hombre y la doctrina, y—repito—es por eso que confundiré muy á menudo en esta ligera refutación al hombre y á la obra.

Hay dos clases de antivacunistas: los antivacunistas legos, de una ciencia fácil y superficial, simples charlatanes científicos, y los antivacunistas serios ó semiserios.

Los primeros tienen por instrumento la fantasía y por método la afirmación sin pruebas; los otros son hombres de cierta autoridad y cierto nombre, y siguen en sus réplicas los procedimientos normales de la ciencia.

Yo voy á ocuparme desde luego de los primeros, y me referiré solamente á los antivacunistas europeos; dejo por completo, por el momento, á los nacionales, que tendrán su capítulo aparte. También dejo por completo al doctor Paullier, á quien volveremos á encontrar más tarde.

Para reducir hechos á leyes, la primera condición es que haya un observador, es decir, un hombre fuerte y sereno á quien los hechos, materia de estudio, sean familiares, ya en sus bases científicas, ya en sus rasgos peculiares y brutos.

En esta cuestión de la vacuna, cuestión de medicina, si las hay, será conveniente ser por lo menos, médico. Poned, si os place, á doce zapateros y á doce médicos, ó, si cabe, profesores académicos ó sabios, delante de una pústula de vacuna, y decidles que os determinen sus causas, su evolución, sus virtudes y sus destinos finales. Y ahora, ¿quién tendrá probabilidad de ver mejor y más justo? ¿Los doce zapateros ó los doce médicos? Si un cónclave de hombres serenos é imparciales, observaran la controversia, ¿á quién pedirían una norma para su vida ó una base para sus leyes? ¿A los médicos ó á los zapateros? Ahora bien, la inmensa mayoría de los antivacunistas del mundo son legos, es decir, gentes que nada saben de medicina, que son extraños á menudo á toda ciencia, y á veces hasta á la ciencia de sí mismos. ¿Qué valor, pues, pueden tener sus contestaciones y sus polémicas virulentas contra la vacuna?

Señor Paullier—¿Me permite?...

Yo condeno la virulencia en unos y en otros, pero también tengo muy presente, porque me lo dice la historia y lo he observado en los años de vida que tengo, que muchos hombres de ciencia con muchísima buena fe aceptan, dado el ambiente en que se educaron y la vida que llevan, aceptan muchas cosas como dogmas, que después allá en la vejez tienen que reconocer que no eran tales verdades dogmáticas.

Señor Soca—Desgraciadamente estaría ya cerca de arrepentirme, según el doctor Paullier.

Señor Paullier—¿Me permite una interrupción?

Señor Soca—Deseo que no se me interrumpa, porque entonces no acabaré nunca.

Señor Paullier—Perfectamente.

Señor Soca—Bien, pues; yo he hablado ahora de los antivacunistas legos solamente; sin embargo, hay antivacunistas médicos, que los legos citan con gran complacencia, y cuando han atraído á su causa á un homeópata ó un curandero, no caben en sí de gozo.

Bien: lo primero que los antivacunistas ignoran, es la manera, el criterio con que deben apreciarse los títulos científicos. Los títulos que ellos enumeran, en la inmensa mayoría de los casos no tienen valor ninguno, no se cotizan en la ciencia. El título de médico por sí mismo, puede señalar á un hombre eminente, pero puede cubrir la indigencia mental del que, por medios reprobados, aspira á una notoriedad que no merece.

Señor Paullier—Siento tener que interrumpirlo.

Ese argumento se aplica también á los médicos vacunistas.

Señor Soca—Déjeme seguir, señor diputado. Ya verá á todo lo que se aplica. Yo voy á discutir la cuestión amplia y completamente, y no quedará nada que desear al doctor Paullier, si me escucha tranquilamente hasta el fin.

De todos modos, póngase á doce charlatanes científicos de esa especie particular, y á doce sabios de verdad en frente de la vacuna, y dígaseme todavía: quién tiene probabilidades de ver mejor y más justo. ¡A quién un cónclave de hombres serenos que observara de afuera la extraña justa, á quién pediría una norma para su vida y una base para sus leyes?

Es verdad que hay antivacunistas científicos, hombres de ciertos títulos, y algunos raros de incontestable seriedad. Perfectamente: ya nos encontraremos más adelante; pero, sin embargo, quiero consagrarles al pasar algunas palabras.

Por lo pronto, no son todos los que los antivacunistas citan.

Muchos de ellos, como Virchow y Bernheim, no son, de ninguna manera, antivacunistas, y si los antivacunistas los incluyen en su escuela, es porque los juzgan con el criterio ó con el artificio de dudosa buena fe de la cita fragmentaria, del párrafo aislado, tronco y muerto, de que yo hablaba el otro día, sin tener para nada en cuenta todo el hombre y toda la obra. Citan también á Spencer, que es simplemente un antivacunista metafísico, especulativo, que nunca se ha puesto el problema experimental delante de los ojos: le ha consagrado unas cuantas líneas ambiguas, dentro de las ideas generales, pero sin pretensión de conclusiones rigurosamente científicas.

Es verdad que hay también, fuera de éstos, antivacunistas de ciertos títulos y de cierta seriedad; yo no lo niego.

El más ilustre de todos es Wallace, naturalista eminentíssimo, cargado de títulos y de honores muy merecidos, pero á Wallace le falta la única fuerza que hay que tener en esta cuestión de medicina por excelencia: la autoridad médica.

Es un abogado y naturalista extraviado en la medicina, al que sus panfletos virulentos lo muestran completamente extraño.

Hay otros, como Vogt, profesor, dicen, de Berna, gran embrollón de cifras, y á quien el grave y severo Lotz convenció de mentira, hace más de veinte años.

Ratza, el profesor de Peruggia, de que hemos hablado largamente en la otra sesión, y de quien acaso hablaremos todavía, Ruatta el matemático, el hombre de los cálculos deslumbrantes; el hombre que ha dicho,—en Florencia se han denunciado ciento cincuenta casos de accidentes de vacuna y en las demás provincias

no se ha denunciado ninguno; pero, si suponemos que se denuncien esos mismos casos en las demás provincias, imagínense los ciegos vacunistas qué mortandad, qué hecatombes, qué horribles desastres! Y yo añado: si en Montevideo se hubieran denunciado cincuenta mil, ¡qué catástrofe! Pero no se ha denunciado ninguno...

Señor Paullier—Ese es un profesor de medicina.

Señor Soca—Perfectamente.

Ahora, hay otros, como Kroeshank, hombre distinguido según los antivacunistas y que parece realmente tener algún título. Hay algunos más todavía de alguna seriedad. Pero estos y los otros, todos juntos, no alcanzan á una docena,—yo lo garanto. Dejo naturalmente los simples médicos que en Inglaterra no escasean, pero estos son personajes ridículos á quienes nadie toma para nada en cuenta—son sin valores en el mundo de la ciencia.

Bien. De todos ellos, ninguno es un hombre verdaderamente eminent; el único es Wallace, y no es médico; los demás son hombres de cierto valor y de alguna pequeña situación científica, pero hombres mediocres, hombres ante cuya autoridad nadie se inclina, hombres á quienes los verdaderos sabios no escuchan para nada.

Pero yo quiero suponer por un momento que todos los charlatanes sean serios, que todos los serios sean superiores y que los superiores tengan una autoridad importante.

Yo pregunto, entonces: ¿Qué son, qué significan y qué encarnan esos diez ó doce extraviados y mediocres en frente de todos los miembros de todas las Academias, Facultades y Consejos de las cinco partes del mundo, que representan en su conjunto la ciencia universal y son los autores de estos progresos, de estas maravillas, de estos milagros de la ciencia, á que asistimos asombrados y que nos hacen creer, por momentos, en una nueva y portentosa creación del mundo?

¿Qué son y qué significan las contestaciones virulentas de la vacuna, de esos mediocres desorientados en frente de la falange inmensa de todos los sabios, de todos los miembros de las Academias de las cinco partes del mundo, que se yerguen indignados contra los que profanan el dogma de Jenner, que comprometen una de las más preciosas conquistas de la humanidad en todas las edades?

(Muy bien).

No son nada, absolutamente nada, y la autoridad está toda enterá de parte de la vacuna.

De un lado, pues, diez ó doce hombres mediocres todo lo más, de cierta autoridad, con Wallace á la cabeza, Wallace el más me-

diocre de todos como médico, y de otro lado la ciencia entera— todos los médicos del mundo, los más ilustres, los más serenos, los de más prestigiosa y decisiva autoridad—los que han rehecho la medicina en el siglo XIX!

Ahora vea el señor Paullier «qui dit oui, qui dit non». «No», dicen esos hombres, que son diez ó doce mediocres; «sí» dice la ciencia de todo el mundo en un concierto desconocido en todo otro asunto de medicina. Esa es la pura verdad, esa es la realidad. En materia de autoridad, la autoridad está toda entera por la doctrina de la vacuna.

Vamos ahora á entrar en la psicología de los antivacunistas, hablo siempre de los antivacunistas legos y repito que no comprendo en esta parte de mi discurso al doctor Paullier ni á los antivacunistas nacionales,—quiero tener las manos libres.

Lo primero que falta á estos señores es cerebro y sentido educados; vasta cultura médica; incontestable autoridad. He ahí una pústula de vacuna en plena florescencia. ¿Qué le dice al antivacunista lego? ¿Qué sabe de los profundos cambios que se van á operar en el organismo? ¿Qué sabe del juego sutil de acciones y reacciones, del cual resulta el milagro, el asombro de la humanidad?

No sabe nada, y no sabrá nada aunque lo lea en nuestros libros, porque una instrucción médica, como toda instrucción sistemática, es un todo armonioso en que las partes se sostienen recíprocamente.

Para saber algo de inmunidad, tendrá que saber fisiología, tendrá que saber anatomía, tendrá que saber higiene, tendrá que saber bacteriología, en fin tendrá que saberlo todo. Se puede tener, sin duda, una cultura superficial sobre un punto de medicina: basta para ello ser inteligente y discreto; pero cuando quiera traducirse en hechos y doctrinas, la fragilidad aparece, y el error se filtra por las junturas de una instrucción absolutamente insuficiente.

De aquí nacen las enormidades, las monstruosidades que afirman los antivacunistas con un aplomo tal, que al escucharlos se cree oír á los niños comentando las pandectas ó los libros galénicos.

Así, si un individuo tiene la viruela al día siguiente de la vacuna, dirán sin vacilar: «la vacuna le ha traído la viruela», porque ignoran que la vacuna no preserva sino desde el undécimo día, porque ignoran que todas las enfermedades tienen un período de incubación en que permanecen silenciosas, que la viruela que ha estallado al segundo día de la vacuna, estaba ya en el organismo, y lo minaba desde quince días antes; dirán que la vacuna

animal es el vehículo de la sífilis, porque ignoran, ignorancia monstruosa, que la sífilis es una enfermedad humana, por excelencia humana, y que jamás puede transmitirla la vacuna de las terneras. Acusarán á la vacuna de propagar la tuberculosis, porque ignoran que en la linfa de la vacuna no hay germen ninguno de la tuberculosis, como se ha demostrado; la acusarán de dar todas las pestes y hasta la muerte, porque ignoran que en la linfa de la vacuna, bien sembrada y bien recogida, no hay más que gérmenes de vacuna y microbios inofensivos; y que si es la vacunación ocasión de infecciones secundarias, no es nunca causa, porque la causa es la impureza, la putrefacción, la mala preparación, la preparación insuficiente ó criminal de la linfa.

Si desean acumular pruebas, hechos, contra la vacuna, muestran en seguida su absoluto desconocimiento de los métodos científicos. Parecen ignorar que para que un hecho pueda producirse es necesario...

(Suena la hora reglamentaria).

Señor Presidente—Habiendo sonado la hora reglamentaria, queda terminado el acto, y con la palabra el señor diputado Soca.

(Sé levantó la sesión).

SESIÓN DEL 15 DE OCTUBRE DE 1910

Señor Presidente—Continúa la orden del día con la discusión general del proyecto de vacunación obligatoria.

Tiene la palabra el señor diputado doctor Soca.

Señor Soca—Decía en la sesión anterior que los antivacunistas en nada muestran su desconocimiento de los métodos más elementales como cuando se proponen recoger hechos y acumular pruebas contra la vacuna. Parecen ignorar que para que los hechos puedan reducirse á leyes, deben ser numerosos, vistos por un observador impecable, en las mismas condiciones, en el mismo ambiente, en la misma época y en el mismo país si es posible. Que un hecho solo, aún bien observado, no prueba nada, y que en estas cuestiones en que tan gran papel juegan las reacciones de la máquina humana, ondulantes y móviles por excelencia, se necesitan á veces, centenares, millares, millones de hechos para imponer convicciones incombustibles. Parecen ignorar que un hecho no puede transmitirse de oídas, por tradición, después de haber sufrido la deformación inconsciente de las multitudes. Que ese hecho debe ser seguido personalmente, desde el principio hasta el fin, con atención angustiosa, en todas sus peripecias, y en todos sus fenómenos subordinados.

—¿Qué hacen, al contrario, los antivacunistas?

Ven el hecho, lo interpretan con su visión roja característica, y se lanzan en seguida á las generalizaciones más audaces y más demolidoras. Ven la viruela sobrevenir en un vacunado y acusan en seguida de inutilidad perfecta á la vacuna, sin preguntarse si el enfermo está fuera de la inmunidad, sin preguntarse si la viruela es benigna ó maligna, olvidando los hechos innumerables en que no sobreviene ninguna viruela después de la vacuna; aunque los vacunados vivan, coman y respiren y duerman con los variolosos.

Ven morir en una ciudad muy vacunada veinte veces más enfermos de viruela que en una mal vacunada, en seguida aparece todo el diccionario de improperios contra la vacuna. Error profundo, ilusión pueril, crimen odioso, grosera superstición, error de un siglo anticientífico, como dice Wallace, y á este respecto—lo diré al pasar—no he visto, no he oido jamás tontería mayor en boca de un sabio, al menos si es al siglo XIX al que se refiere. Llamar anticientífico al siglo XIX, al siglo de la electricidad, al siglo del vapor, del micrófono, del teléfono, de la bacteriología y la seroterapia; á ese siglo colosal en que la humanidad, gracias á las ciencias físicas, marcha á saltos por el camino del progreso; en que gracias á las ciencias morales la justicia y la piedad empiezan á vivir entre los hombres...—(¡Muy bien!); . . . en que la biología está en camino de rehacer el hombre y transformar las sociedades en medios más clementes y amigos, me parece por lo menos extraño. Pero, en fin, prosigamos.

Señor Paullier—¿Me permite dos palabras? Me parece que el señor miembro informante le atribuye á Wallace la opinión de que el siglo XIX no es científico.

Señor Soca—El siglo XIX, sí.

Señor Paullier—Él dice «superstición nacida en un siglo no científico».

Señor Soca—«Superstición de un siglo anticientífico», estas son sus palabras, creo al menos, aunque puede recordar mal.

Señor Paullier—Precisamente: tiene su origen en un siglo no científico.

Señor Soca—Será tal vez así, pero la superstición la habría adoptado todo el siglo XIX y le pertenecería en propiedad tanto como al XVIII.

Ruego al señor diputado que no me interrumpa, si le es posible....

Señor Paullier—Perfectamente.

Señor Soca—...no siempre es posible — yo lo sé demasiado. Poco pierdo el hilo del discurso.

Pues bien: para decir esto, para afirmar lo que afirman los antivacunistas del caso de Leicester, que es al que me refiero, se necesita desconocer las leyes más elementales de las epidemias de viruela; se necesita olvidar que cuando hay viruela deben morir muchos vacunados y muchos que no lo son; que cuando no hay viruela no deben morir ni vacunados ni no vacunados; que en diferentes ciudades, y en la misma epidemia, muere muy diferente cantidad de variolosos; que en la misma ciudad, y en diferentes épocas, la mortalidad es igualmente muy distinta.

Tomemos un ejemplo que nos toca de cerca, — Montevideo. Estúdiense la estadística de mortalidad de Montevideo. Como lo ha dicho el doctor Salterain con mucha sagacidad, cada cuatro ó cinco años hay en Montevideo una epidemia de viruela, pequeña ó grande. Pues bien: la mortalidad es, á veces, mínima, á veces enorme; á veces mueren 20, otras 100, otras 500, algunas más de 1,000; y esto, ¿por qué? Porque la virulencia de las epidemias es eminentemente diversa en todos los casos; así es que en el mismo medio, en las mismas condiciones higiénicas, con las mismas leyes sanitarias, con las mismas costumbres, la mortalidad es profundamente distinta.

Han muerto veinte en una pequeña epidemia de uno de los años pasados, y en este año, en que se ha extremado el rigor de las medidas sanitarias, ya creo que los muertos llegan á 300 y tantos.

Por consiguiente, el ejemplo de Leicester, que presenta Wallace, como una experiencia casi providencial para probar la inutilidad de la vacuna, no prueba absolutamente nada. Para que probara algo, sería preciso, como he dicho, desconocer por completo las leyes más elementales de las epidemias de viruela y de todas las epidemias. Lo único que prueba es la excelencia de la desinfección y del aislamiento; pero esto no lo niega nadie: los vacunistas son los primeros en reconocer que la desinfección y el aislamiento son un precioso aliado de la vacuna.

El curioso criterio de los antivacunistas se ve bien claro cuando quieren contestar las cifras formidables que apoyan la vacuna. Estas cifras son extraordinarias, como que son el fruto de un siglo de observación atenta y honrada, y prueban de una manera irrefragable que la mortalidad por viruela ha disminuido enormemente en este siglo y está cerca de extinguirse en muchos países civilizados. Los antivacunistas no niegan el hecho, pero dicen: «¿Quién nos dice que la causa de esta disminución sea la vacuna? Pueden ser mil causas diversas». Esta afirmación de los antivacunistas es, en mi concepto, extremadamente grave, porque es la negación misma de la ciencia y sus métodos más luminosos.

Cuando disponemos las condiciones de una experiencia para

que nazca un hecho, si este hecho se produce, decimos que es causado por aquellas condiciones; y si la observación se repite una, dos, cien, un millar de veces; si se repite en todos los países de la tierra, en todas las zonas, en todos los climas, por sabios de distintos temperamentos, de diversas culturas; si se repite un año, dos, tres, diez, por todas las generaciones sucesivas durante un siglo,—entonces decimos que este es un hecho definitivo, un hecho incorporado para siempre al patrimonio intelectual del hombre.

Y esta es la base de toda ciencia: así se ha hecho la fisiología, la anatomía, la higiene; así se han logrado las conquistas, los perfeccionamientos, los progresos, las maravillas que la ciencia ha realizado en las sociedades modernas.

Negar esto es negar que caminen los automóviles, que vuelen los aeroplanos, que las naves surquen los mares vencidos en carreras fantásticas.

Si, pues, un sabio ha visto que la vacuna preserva de la viruela, si lo ha visto una, dos, cien, mil veces; si esa observación se ha repetido en todos los países de la tierra, en todos los climas y por sabios de diversas culturas—si la observación se ha repetido y confirmado durante todo un siglo, ese hecho es verdadero, y negarlo es pronunciar la quiebra del espíritu; el fracaso definitivo del pensamiento humano.—(¡Muy bien!).

A los antivacunistas les falta el grano de experiencia, sin el cual los sistemas más grandes y fecundos quedan para nosotros oscuros, indescifrables ó muertos.

Vemos, comprendemos el sistema, apreciamos sus líneas, sus proporciones, toda su arquitectura, entrevemos sus lejanas proyecciones, pero le dejaremos ir á sus destinos sin nosotros.

Si, por el contrario, responde á algo nuestro, á una observación propia, á una emoción, á una sensación propia, á algo íntimo, á algo vívido y palpitante, entonces penetra en nuestras almas, se difunde en nuestras facultades, gana nuestra voluntad y obliga nuestro esfuerzo, y casi sin quererlo nos convertimos en colaboradores del autor y propagandistas ardientes de la doctrina.

Al antivacunista vulgar, que no ha vivido una vida de médico larga y fecunda, le seducen fácilmente las estadísticas caprichosas, los milagros de las series, las excepciones desconcertantes, que, sin embargo, confirman las reglas universales; pero al médico, al que ha vivido, al que ha visto mil veces que los vacunados no tienen viruela, al que ha visto mil veces que los vacunados atraviesan los enjambres de variolosos en putrefacción, incólumes, intangibles como brujos, protegidos por talismanes misteriosos; al que ha visto que la vacuna corta las epidemias de viruela como un hachazo, á ese las declaraciones de los antivacunistas, los juegos malabares de cifras dóciles, lo dejan frío.—(¡Muy bien!).

Oiré, mirará asombrado y seguirá su camino silencioso y despreciativo, cumpliendo sus graves deberes, vacunando siempre arrancando vidas humanas á la mutilación ó á la muerte.

Pero se dice: al contrario; los médicos carecen, para apreciar la vacuna, de aquella serena imparcialidad que es necesaria, que es indispensable en las cuestiones científicas. Esto lo dice Wallace; lo repite en todas las páginas de sus panfletos y lo ha traído á esa discusión el doctor Paullier.

Creo, pues, que merece una refutación completa.

Si los médicos no tienen imparcialidad en las cuestiones de medicina, ¿quién ha de tenerla?... ¿Los zapateros ó los masajistas?

Si los abogados no tienen imparcialidad en las cuestiones de derecho, ¿quién ha de tenerla?... ¿Los carpinteros ó los veterinarios?...

Las cuestiones de medicina deben ser resueltas por los médicos; las cuestiones de derecho deben ser resueltas por los abogados; le impone el principio de la división del trabajo y la especialización, que es el nervio y la fuerza de las sociedades modernas.

¿Qué sería de una sociedad en que las cuestiones de medicina se entregaran á los zapateros, y las cuestiones de derecho á los masajistas?... Sería una sociedad de niños, de locos ó un pueblo de la edad de piedra.

Es que sobre la imparcialidad hay una cualidad más alta: es el saber y la competencia.

El saber es la suprema imparcialidad; la ignorancia es la parcialidad suprema!...

(Muy bien).

¿Qué debe, pues, hacer un Parlamento, qué debe hacer un Estado en presencia de un grave problema social?... ¿A quién debe encargar de su solución?... ¿A los sabios y á los experimentados, ó á los necios y á los inexpertos?

Que los sabios pueden ser parciales,—muy bien: es un gaje de la vida social, absolutamente inevitable; pero puede fácilmente buscarse á las gentes honradas y sinceras que no faltan, por honor del hombre, en nuestras sociedades.

Pero, ¿por qué los médicos no han de poder juzgar con imparcialidad la cuestión de la vacuna,—la vacuna, que es una cuestión de medicina social, que es una cuestión de interés público, que es una cuestión absolutamente impersonal, de que todo interés privado, particular y mezquino está excluido? ¿Por qué los médicos en presencia de la vacuna habrían de ir en contra de la verdad y habrían de seguir el error, sin interés de ningún género? ¿Por pura y simple perversidad?... Sería una tontería suponerlo. ¿Por orgullo de clase, por amor á las ideas recibidas?...

Esas manías no duran nunca más que una mañana, y además, el que esto dijera, saltaría por ignorancia ó por capricho sobre toda la historia, la cual demuestra que los médicos son los hombres más libres e independientes del mundo.

Estúdiese el desenvolvimiento de la medicina en el siglo XIX: se ven solamente sistemas que se derrumban, y nuevas y más firmes concepciones que surgen de esos mismos sistemas.

Los médicos no tienen ídolos ni fetiches: para ellos los hombres y las ideas no significan nada en sí mismas, y los botan al abismo, de un gesto, des de que han hecho su tiempo.

Hay, sin duda, médicos empecinados, atados al error por toda la vida; pero la clase médica, el cuerpo universal de hombres de ciencia que cultivan la medicina, ese es de una independencia feraz, de una incomparable libertad de espíritu y de una sinceridad que resiste á todas las pruebas.

Es una inmensa alma, tendida afanosamente sobre la verdad, y que sólo ante la verdad se sacrifica, que sólo ante la verdad se inclina.

(¡Muy bien!).

Así, pues, en este rodar de sistemas muertos y este reconstruir de nuevos sistemas, se pasa el siglo XIX, y se llega á la catástrofe final, al último tercio de este siglo demoledor, y aparece Pasteur: es como si un nuevo sol se hubiera levantado sobre los antiguos horizontes, proyectando nuevas y potentes luces sobre la ciencia humana.

La vieja medicina, las viejas etiologías, las nosologías ilustres, la terapéutica, la higiene, se agitan, se estremecen, crujen y se deshacen.

Es el desastre. ¿Y dónde están los médicos en esa hora solemne? Buscadlos, y los encontraréis erguidos, de pie sobre las ruinas de sus antiguos sistemas, apercibiéndose á entrar en las nuevas rutas, á seguir derribando errores, aunque nazcan de sus propias entrañas, á seguir buscando nuevas verdades, nuevas maneras de defender la vida de las asechanzas que la cercan.

(¡Muy bien!).

Y esos hombres que no han hecho otra cosa que ahogar los amores de sus almas y marchar sobre su propia vida, esos hombres que conocen todas las amarguras de las grandes renunciaciones, ¿esos hombres no serían capaces de resolver con imparcialidad sus propios y más miserables problemas?... Esos hombres, inquietos, y habrían realizado con el error y contra la verdad un pacto monstruoso que ha durado cien años?

Pero Wallace va más lejos en el orden de las acusaciones infamantes.